

...comienza a... se... como recuerdos a...
pero también, se los que llevan las anteriores
esperando tal vez no parecer del todo y de hecho, en
cada vez se... las memorias y aparecen a
e iluminadas por los flashes y... cuadradas

Guillermo
de Ockham
Semblanzas



La arquitectura escotece en el retrato en la
foto de familia. Se Cordusa un instante que
con muchos y la sensibilidad del cuerpo
se dispuesta a partir de este estímulo
... en los cinco retratos de semblanzas.

Esclavitud y libertad en el Valle de río Cauca

Facultad de Derecho, Centro de Investigaciones Socio Jurídicas, Universidad de los Andes, Bogotá.

Autores: Michael Taussig y Anna Rubbo

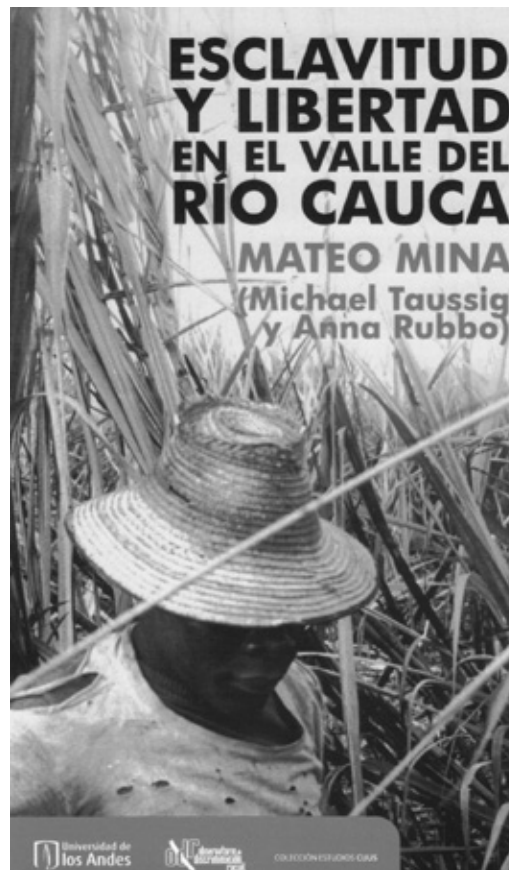
Año: 2011

Número de páginas: 231

Por: Luis Humberto Cardona

Semblanza, significados y enseñanzas del libro *Esclavitud y Libertad en el Valle del río Cauca*

La siguiente semblanza académica constituye a su vez una reseña de la segunda edición del texto *Esclavitud y libertad en el Valle de río Cauca*. La primera edición de este libro se hizo en 1975, publicada por la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, dirigida en aquel entonces por Orlando Fals Borda. Por la importancia y significado del mismo, la Universidad de los Andes decide reeditarlo en octubre de 2011. Desde un comienzo el objetivo del libro es claro: “[...] conocer el impacto de los ingenios azucareros en una comunidad de campesinos dedicados al cultivo del cacao. El desplazamiento de los campesinos de sus fincas hasta llegar a ser obreros en los ingenios” (p. 8). La comunidad a la que se refieren los autores es Puerto Tejada y sus análisis e inferencias se hacen extensivos a la región del Norte de Cauca.



Los autores

Michael Taussig es oriundo de Sidney (Australia), donde se graduó en Medicina. Estudió Sociología en la London School of Economics. En la actualidad se desempeña como profesor de Antropología en la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York. Además, ha escrito otras obras relacionadas con la destrucción y resistencia campesina en la región pacífica de Colombia, el chamanismo y el colonialismo, el fetichismo de la mercancía y su contenido mágico.

Anna Rubbo, australiana, es arquitecta formada en las universidades de Melbourne y Michigan y se ha desempeñado como tal en Inglaterra y

LUIS HUMBERTO CARDONA. Economista de la Universidad del Valle. Magister en Economía Regional y Urbana de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Profesor Universidad de San Buenaventura, seccional Cali. Correo electrónico: lhcardona@usbacali.edu.co

Australia. Durante su doctorado investigó sobre vivienda en áreas rurales del Norte del Cauca. Desde su papel como profesora asociada, [Barch (Melbourne), Darch (Michigan), RAlA], a partir del año 2005 ofrece un programa internacional de diseño sostenible participativo e incluyente de carácter interdisciplinario en África del Sur. Ha sido profesora visitante en la Universidad de Columbia, Nueva York y en la Universidad de Michigan y trabajó en la formación del arquitecto y la globalización.

Estos dos autores vivieron quince meses en Puerto Tejada a partir de 1969, seis meses en 1972 y nueve meses entre los años 1975-1976.

En la siguiente reflexión no se desea hacer una evaluación del texto de *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*, escrito por Mateo Mina (pseudónimo que Michael Taussig y Anna Rubbo tuvieron que adoptar debido a las dificultades políticas por las que atravesaban la región del norte del Cauca y Colombia por la época en que el libro se publicó por primera vez), sino dar cuenta de su significado en la creación de una conciencia crítica de los habitantes de la región.

Necesarias líneas, aunque no suficientes, han escrito los eruditos de las ciencias sociales en Colombia, destacando el valor científico y académico de la obra de Taussig y Rubbo y su influencia en trabajos posteriores. Cito entre otros muchos, a los fallecidos Orlando Fals Borda y Germán Colmenares, quienes veían en esta obra un aporte pionero al estudio sobre la historia regional y a los estudios socio-económicos sobre la economía campesina de comunidades afrocolombianas.

Fue por el mes de septiembre del año 1970 cuando vimos por primera vez a Michael Taussig y Anna Rubbo en Puerto Tejada. La primera impresión que experimentamos fue la de ver a dos *hippies* escapados del mayo francés o del festival de arte y música rock de Woodstock. Todos mis compañeros y yo, que iniciábamos el bachillerato, creíamos que fumaban marihuana; era la imagen social que por lo menos en Puerto Tejada teníamos en torno de los gringos; fue quizá esa la razón por la que padres y vecinos nos alertaron para que sólo con prudencia nos acercáramos a ellos. Verlos vestidos informalmente y hasta con cierto descuido era lo común, llevaban consigo sendas mochilas que despertaban la curiosidad de jóvenes y niños.

Con la prudencia recomendada, los observábamos trasegar y deambular una y otra vez, de noche y de día, por las polvorientas calles de aquel Puerto Tejada del alma, surcado por doquier de trenes cañeros, sin saber qué era lo que hacían ni por qué estaban aquí. Quizá para casi todos eso era un misterio infinito.

Para muchos de nosotros era la primera vez que veíamos tantos gringos juntos. Por extrañeza o por cariño, todos les decíamos los gringos. Al verlos pasar murmurábamos: “ahí vienen los gringos, allí van los gringos”. En ocasiones, desaparecían misteriosamente por varios días y todos nos preguntábamos, “¿qué se habrán hecho los gringos?” Durante mucho tiempo verlos se nos volvió prácticamente una costumbre; luego, una necesidad. Era frecuente verlos conversar sobre todo con niños, mujeres y hombres corteros de caña que laboraban en los ingenios azucareros; una relación que nos llamaba mucho la atención. Infinidad de ideas imaginábamos sobre qué era lo que estaban haciendo, menos que estaban proyectando una aventura intelectual que se concretaría después en un texto en el que develarían la dinámica de la vida de nuestro pueblo y de nuestra región.

Así pasaron cinco años. Recuerdo que en el mes de octubre de 1975, en una reunión que se realizó en La Buitrera, en la casa de Tulio González (hermano de Leonor González Mina), a la que asistieron entre otros, entrañables amigos como Norman Estupiñán, René Mena y Alejandro Peña, recibimos de manos de Miguel el libro *Esclavitud y libertad*. Ávida y detenidamente lo estudiamos. Puedo decir que jamás volvimos a ser los mismos después de leerlo: nos asombró la realidad vivida y no percibida que el texto nos volvía a hacer presente. Incluso, nuestra forma de ver el mundo se transformó, pues en la vida universitaria de algunos de nosotros, que recién comenzaba, fue apareciendo una sensibilidad social que, a la postre, se quedó en nuestro espíritu para siempre.

Esclavitud y libertad fue, en su tiempo, un texto subversivo; subvirtió las mentes y los espíritus de los pobladores, como también de los usurpadores. Desde un esperanzador enfoque materialista, entremezclado con un juicioso ejercicio de economía política, esta obra criticó, explicó y rescató de manera pionera, profunda y científica, la historia del despojo e ignominia a que había sido sometida

la población indígena y negra del valle geográfico del río Cauca desde el descubrimiento de América hasta nuestros días. “[...] el libro llenó un vacío en la historia de Cauca y del occidente de Colombia. Fue escrito primero para la gente de Puerto Tejada y los demás pueblos del norte del Cauca [...] Hay muchos mitos alrededor de él: algunos en la región dicen que los ingenios o unos viejos terratenientes ricos lo compraron y lo quemaron; otros dicen que fueron arrojados a los hornos de los mismos ingenios” (p. 11). Fals Borda en la presentación del libro lo deja claro:

[...] la importancia de la contribución de Mateo Mina (es decir, Taussig y Rubbo), radica en haber sabido ensamblar, de manera coherente, la evolución económica, política y social de esa región concreta, para producir un estudio que enriquece el análisis de las realidades nacionales. Con el trabajo de Mina sobre Puerto Tejada queda claro que casi en ninguna otra parte del país se registra el capitalismo rampante, en toda su sevicia, afectando la vida familiar, económica y política del campesinado y produciendo su descomposición (pp. 10-11).

En ese formidable texto, el relato de los pobladores fue elevado a la categoría testimonial, tan válida como criterio de verdad, para explicar la realidad, hecho que en ese entonces, que se recuerde, no era muy valorado por las ciencias sociales en Colombia. El libro develó, pues, esa historia que muchos sectores ligados a los terratenientes, propietarios de minas de oro, la agroindustria azucarera y grandes comerciantes, de manera consciente, quisieron y han querido mantener siempre oculta. De esta forma Taussig y Rubbo:

[...] trabajaron sin cesar como antropólogos e historiadores, tanto en archivos locales como en Popayán, en donde se encuentran los documentos [...] relevantes para la historia de la esclavitud en Colombia. Las relaciones de parentesco fueron surgiendo a partir de las conversaciones extensas con la gente. Al consultar a los mayores, los resultados fueron deslumbrantes. El estudio de la economía de las fincas tradicionales campesinas fue parte clave de este trabajo. Implicó una investigación exhaustiva que abarcó desde el monitoreo laborioso de rendimiento y presupuestos durante todo el año, hasta el registro del peso del follaje caído del cacao, el cachimbo y otros árboles. Así fue como se pudo establecer, en primer lugar, el complemento de los ciclos de las cosechas de café y de cacao que proporcionaban ingresos semanales estables; y en

segundo lugar, la extraordinaria ecología arbórea de las fincas campesinas, que replicaban la selva húmeda tropical, sin necesidad de utilizar fertilizantes ni riego, y con muy poco control de la maleza, todo esto en evidente contraste con las siembras invasoras de caña de azúcar a campo abierto.

Igualmente importantes fueron las muchas historias familiares y los diagramas de parentesco que revelaron el efecto de los cambios económicos en la estructura doméstica, y el significado de la familia para esta comunidad de descendientes de la esclavitud y del África (pp. 14-15).

Con *Esclavitud y libertad* entendimos que nuestro pueblo, sus gentes, su economía, su dinámica social, sus costumbres, su cultura, nuestra vida cotidiana, se habían transformado profundamente y se transformarían mucho más –aunque a decir verdad en ese momento pocos lo percibíamos– por el capitalismo agroindustrial azucarero, que había empezado a despuntar en la región del norte del Cauca desde la tercera década del siglo XX y cuya penetración, –con su consecuente descomposición del campesinado– se aceleró después de la Revolución Cubana en el año de 1959.

Empezamos a avizorar, por tanto, que aquel paraíso en el que habitábamos desaparecería; como dice el adagio, de afuera habían llegado y continuaban llegando, los que de nuestra tierra nos estaban expulsando; y lo más trágico de todo, es que no estábamos preparados para enfrentar esas transformaciones que se cernían sobre nuestro espacio vital.

Con *Esclavitud y libertad* aprendimos que la historia no se hace individualmente y que la historia oficial que nos habían enseñado en la escuela primaria y en el bachillerato era una caricatura de la realidad. Nos dimos cuenta de que era imperioso sustituirla por la historia construida por los colectivos humanos, asestándole un golpe a la historia de los caudillos políticos, de los poetas del régimen y de los héroes militares, quienes en nuestra región norte caucana habían ocultado la gesta de los pueblos negros; unos cimarrones, que con tesón y gallardía, levantaron y moldearon el espacio geográfico que hoy nos abriga. “[...] las construcciones antiguas eran asombrosas: todas en guadua –algunas incluían adobe–, elevadas, amplias y frescas, con una flexibilidad incorporada que permitía agrandar o achicar los espacios a me-

dida que las familias extensas crecían o disminuían. Las nuevas viviendas, en cambio, eran hechas en bloque, con techos bajitos y espacios sofocantes y estrechos (p. 14). En esa dirección, *Esclavitud y libertad* fue una zaga del lado de los vencidos y no de los vencedores.

Estas formas de organización del espacio físico de la vivienda estaban ligadas a etapas concretas del desarrollo socio económico de Puerto Tejada y de la región del norte del Cauca y eran el reflejo de las mismas: las primeras formas de organización de las viviendas estaban atadas a una próspera economía campesina y la segundas estaban relacionadas con el ciclo creciente de su deterioro ocasionado por la irrupción intempestiva del cultivo de la caña de azúcar en el escenario geográfico regional.

Con este invaluable texto también se nos hizo evidente que cuando los pueblos se deciden, se defienden y resisten, no todo está perdido, pues siempre habrá la alternativa para que de manera consciente la balanza alguna vez se incline del lado de los desposeídos, en un ejercicio de la voluntad consciente de los pobladores por vivir mejor y más dignamente. En este sentido, su contenido es una oda a todos los campesinos que en férrea resistencia se opusieron a la llegada del intruso: “[...] cuando los negros se revelaron, les pareció a los españoles que querían matar a todos los blancos y destruir las minas. A veces los negros formaban alianzas con los indios y luchaban juntos” (Taussig y Rubbo, p. 45).

Una historia que se recreo durante varios siglos: “[...] en el siglo XVIII, las rebeliones de los esclavos se hicieron muy comunes. En 1761 hubo una rebelión cerca de la balsa en la que fueron muertos el dueño de una mina y su hijo por su cuadrilla de esclavos” (p. 45). Otra forma de resistencia se concretó en los tipos de productos cultivados por los negros, que frecuentemente recurrían a cultivos ilícitos, de manera que su comercialización se convirtiera en un factor de resistencia económica:

[...] en el área de Puerto Tejada, al norte del departamento del Cauca, ya en 1780 los negros libres, o legalmente manumisos, o prófugos y a veces reunidos en palenques, eran famosos por sus cultivos de tabaco que era de contrabando ya que su precio era mucho más alto que el pagado por el gobierno. En la zona de Puerto Tejada, la policía no podía controlar a los negros, bien escondidos y armados a lo largo

del río Palo. De esta manera los negros liberados y los prófugos de las haciendas de la familia Arboleda (de Popayán), se mantuvieron por más de un siglo, preservando su libertad, a punta de cañón y debido a su astucia (pp. 47-48).

Ya en la época de la abolición legal de la esclavitud iniciada desde 1821 y oficializada en definitivamente en 1851 “[...] el único modo que tenían los terratenientes para obligar a los campesinos a que trabajasen para ellos era controlando la tierra; pero los campesinos no dejaban que se efectuara ese control” (Taussig y Rubbo, p. 80). Entrado el siglo XX, el proceso de resistencia se manifestó en contra de la expansión de las haciendas en detrimento de los campesinos.

[...] desde 1915 aproximadamente, existió pues la lucha de los terrazgueros con los terratenientes. Los terrazgueros no quisieron pagar más y unos elevaron protestas contra el cobro de los arrendamientos [...] entonces vino la lucha. Mientras tanto se hicieron juntas aquí en Puerto Tejada; por los lados de la Serafina, por los lados de Guachené; por los lados de Sabanetas. Las juntas eran grupos de defensa para librar a los terrazgueros de que no se les despojara y de que no se les metiera el ganado, pues cada uno tenía derecho a cuidar lo que antes había habido (relato de un anciano de la región; pp. 121-122).

Para la época de los años 30 del siglo XX ya se había formado un importante núcleo de proletarios vinculados a la haciendas productoras de miel que venían en continua y creciente expansión. Este proceso generó formas de organización social para resistir el embate que aquellas ejercían sobre el campesinado y que aceleraban su descomposición. De esa época data la Unión Sindical.

[...] que luchó bravamente por los derechos de los campesinos. Una lucha particularmente larga y amarga se desarrolló en el indiviso de Guengüé. Esta fue una lucha entre la compañía Agrícola Caucana, de propiedad de la Familia Eder, y los campesinos residentes, que a la larga perdieron toda esa tierra que hoy es ocupada por el Ingenio Cauca. Esta área, alrededor de Padilla y la vereda de Tierra Dura, ha sido escena desde entonces de muchas invasiones de tierra; invasiones tanto de los ricos como de los pobres. El área comprende unas tres mil plazas de tierra fértil y a centenares de familias campesinas. En 1940 esta extensión estaba sembrada en pastos para ganado (antes era tierra de los campesinos) (p. 125).

Con *Esclavitud y libertad* se ratifica una constante en la historia de los pueblos: el origen de sus tragedias y desgracias está en la atracción que genera a sus usurpadores las riquezas de sus tierras y pueblos; ha sucedido así en África, en América Latina, en Colombia, en el norte del Cauca y, como lo denuncian los autores, en Puerto Tejada; un espacio geográfico-social tan caro a nuestras ilusiones, en donde el crecimiento económico y sus beneficios se asemeja a un gran banquete alrededor de cuya mesa son muy pocos los invitados y muchos los excluidos, que son los que en últimas producen lo necesario para que el banquete se realice.

Con *Esclavitud y libertad* observamos que en Puerto Tejada, como en el norte del Cauca, se concreta la verdad incontrovertible que alguna vez pronunciara Martin Luther King: “[...] en el mundo hay dos clases de seres; los que tienen mucho y los que no tienen nada; los que tienen mucho no duermen pensando en lo que harán los que no tienen nada”. Esta lapidaria e inexorable sentencia se concretó en el Valle del Cauca a través de lo expresado por Tomás Zapata, un anciano de la región: “[...] en la guerra de independencia todos pelearon unidos, ricos y pobres, blancos y negros, conservadores y liberales. Pero luego que triunfaron, entonces a todo pobre lo dejaron por puertas y la tierra se la repartieron entre los pesados, los ricos. A los pobres los dejaron en la calle. Nada. Y entonces los pobres comenzaron a levantarse” (p. 117).

Con *Esclavitud y libertad* comprendimos que el capital agroindustrial azucarero ocasionó en Puerto Tejada y en el Norte del Cauca una reforma agraria regresiva, pues se pasó de una economía campesina –basada a su vez en una estructura democrática de la propiedad de la tierra, la cual estaba diseminada en múltiples propietarios– a una estructura concentrada de la propiedad territorial que condujo a extremas desigualdades en la distribución de la riqueza social de la región. “[...] desde 1910 en adelante la gente perdió su tierra. Lentamente se desarrolló el minifundismo. Algunos se convirtieron en concertados y otros se quedaron sin tierra, viviendo en pueblos de proletarios, como Villarrica, establecido en la década de 1930” (p. 123).

Esto significó el arrasamiento de los bosques nativos, con los subsiguientes costos medio am-

bientales que sufrió la población aborigen. Esta contra-reforma agraria se realizó en connivencia con el Estado y todo el conjunto de sus instituciones. Se convirtió a Puerto Tejada en un inmenso *rancho de corteros*, tal como lo escenificara en su portentosa obra teatral nuestro inolvidable amigo y dramaturgo Jorge Bonilla. En tal sentido “[...] los Holguín también comenzaron a quitarles las fincas. Todo hasta la orilla del río Cauca eran cacaotales. Todo eso lo tumbaron, quitao, quitao, así no más sin dueño [...] y le sembraron pasto a todo alrededor de la casa y le tumbaron la finca (relato de Eusebio Cambindo; pp. 119-120). La zona más transformada por estas mediadas estaba entre Puerto Tejada y el río Cauca, en veredas tales como Juan Ignacio y Juanito.

En otros lugares de la región este proceso fue también arrasador: “Ellos querían ampliarse, hacer potrero. Había negros que tenían potreros por allá dentro y todo se lo quitaron. Donde llamaban el Palito, ese era un pueblito que había de este lado, de allí del ingenio para adentro; hasta la orilla del río. Todo eso lo tumbaron ellos sin reconocerles nada [...] Le metían pasto hacia aquí, adentro de la cama para sacarlo, y le tumbaban la finca” (p. 121).

Los ríos como espacios de socialización, de alimentación, de diversión, goce y culto a la vida fueron fagocitados y arrasados por la nueva industria. No deja de ser doloroso saber que a pesar de que Puerto Tejada está en medio de dos ríos, no hay agua potable; cuando se utiliza, es fuente de muerte y no de vida.

Un examen bacteriológico del agua potable de Puerto Tejada en 1970 mostró que todos los tipos de agua estaban contaminados a niveles letales con bacterias fecales. Básicamente hay tres fuentes de agua: el río, el acueducto y el agua traída en canoas-cisterna desde Cali. Sólo el agua de Cali se aproxima a ser potable, y esta sólo la consigue la clase media que vive en el pueblo, ya que los pobres no tienen ni el dinero ni los contactos para adquirirla. El agua del río es la que más se usa. Las mujeres y los niños bajan temprano en la mañana con viejas ollas, o si no, compran el agua del río a la gente que la vende de casa en casa en una carreta de caballos. Río arriba de la ciudad, el río Palo está parcialmente desviado para proveer agua a los ingenios; de allí, junto con las basuras de fábricas vuelve al río y luego sigue hasta la ciudad. Esta es el agua que los habitantes del pueblo beben.

Los exámenes bacteriológicos muestran que el agua del río Palo, antes de regar los ingenios, tiene 24.000 bacterias por cada cien centímetros cúbicos. Después de los ingenios tiene 24.000.000 de bacterias. Es decir, los ingenios contaminan el agua del río, o sea el agua del pueblo, mil veces más. El informe sobre esta agua proviene de la división de Ingeniería Sanitaria, de la Universidad del Valle y dice “esta agua no es bacteriológicamente aceptable como agua para beber, por que presenta un grado elevado de contaminación fecal. Las mismas empresas para las cuales la gente trabaja, los envenenan (p. 199-201).

De igual forma, los autores nos enseñaron que desde la fundación del municipio por parte de negros cimarrones –no de los payaneses como lo afirma la historia oficial– su economía nació articulada al mercado mundial, puesto que desde sus entrañas, siempre se exportó tabaco, cacao, café y, desde la década de 1930, azúcar.

Después de 1850, la nueva república comenzó a exportar tabaco, índigo, quina, caucho, cacao, azúcar y maderas preciosas. El centro de importancia económica se trasladó de la minería a la agricultura y se concentró en las tierras bajas: las tierras calientes. El Valle del Cauca abastecía de carne al Chocó, la Costa Pacífica, Antioquia, Popayán y hasta Quito. Además, toda la Economía del Valle del Cauca se desintegraba rápidamente, ya que con el nuevo imperialismo el camino al “progreso”, consistía en exportar cultivos tropicales a Europa e importar bienes de allá. La otra manera, mucho más sutil y sofisticada en su comprensión de las fuerzas económicas modernas que conformaban la economía mundial, era la practicada por los comerciantes –algunos de ellos europeos y norteamericanos– quienes, desde 1860, formaban en el Valle del Cauca una clase en ascenso. La estrategia de esta clase era no desarrollar una agricultura de plantaciones basada en grandes haciendas y una fuerza de trabajo dependiente [...] Más bien, creaban negocios de importación y exportación, comprando productos agrícolas a los campesinos para venderlos en Europa y Estados Unidos y, a su vez, importando bienes de esos países para venderlos con grandes utilidades a los habitantes del Valle. Con las utilidades del tabaco comprado a los campesinos negros [...] Eder (Santiago, un próspero comerciante norteamericano) estableció la plantación de azúcar más grande y más moderna del Valle del Cauca (hoy ingenio Manuelita). Interesado en el café, fundó en 1865 la *Palmyra Coffe Plantation Co.* (Taussig y Rubbo, pp. 95, 99, 100).

Antes de la instauración del monocultivo azucarero, cuando la demanda y el precio se deprimían

o se recuperaban en el mercado internacional, ni la economía municipal ni la regional se resentían, en virtud de la diversificación de la producción proveniente de la economía campesina. Bajo el imperio del azúcar, surgió una sempiterna paradoja y una irrefrenable tendencia: en las fases de crecimiento de su precio en el mercado internacional, nuestra economía regional no internalizaba los beneficios de tal hecho; sin embargo, en las fases depresivas del precio en el mercado mundial, se producía una reacción en cadena, en detrimento de los pobladores; sobre todo, de quienes estaban vinculados laboralmente a los ingenios azucareros, pues, era común que en tales fases se disminuyera drásticamente la contratación de corteros de caña.

Esto representó que desde comienzos del imperio azucarero la economía municipal jamás se benefició de la articulación con el mercado mundial; sin embargo, siempre internalizó sus efectos negativos. Esta paradoja continúa vigente hoy día, pues el mercado internacional siempre afectó y continúa afectando negativamente a la economía local.

Con *Esclavitud y libertad* comprendimos también la estrecha relación entre vida urbana y economía. Por ejemplo, entendimos porqué en el Puerto Tejada de antaño las vías más importantes, como hechos urbanos, eran las que conducían a los ingenios azucareros, y cómo esa poderosa actividad económica moldeaba la dinámica urbana de los municipios de la zona plana del norte del Cauca. En el caso de Puerto Tejada, cuando la economía se fundamentaba en la economía campesina, el día miércoles era el de mayor intensidad económica y se escenificaban los mayores intercambios comerciales; los ejes estructurantes del crecimiento urbano eran nuestros ríos. Con la colonización de la caña de azúcar, los días más dinámicos económicamente pasaron a ser el sábado y el domingo, pues en los fines de semana era cuando a los jornaleros, sobre todo de la agroindustria cañera, les pagaban sus salarios.

En esta nueva fase del desarrollo urbano municipal, los ejes estructuradores del crecimiento urbano fueron las vías que comunicaban la zona urbana con los ingenios azucareros, pues todos querían vivir cerca de su lugar de trabajo que, por supuesto, ya no era la finca campesina.

Indudablemente, con *Esclavitud y libertad* comprendimos que el fenómeno del cultivo industrial de la caña de azúcar significó el encarecimiento de la canasta familiar —otrora producida en la región— por los costos de transporte: la creciente desaparición de la economía campesina eliminó la producción de los bienes básicos de consumo de la población y creó la necesidad de importar esos bienes de zonas cada vez más lejanas. Es decir, ahora consumimos menos y a la vez pagamos más caro por lo que antes cultivábamos en nuestro municipio y en nuestra región norte caucana:

Antes de la invasión de los ricos aquí sólo había campesinos. Cada familia tenía sus vacas, dos o más. Había mucha leche, carne, cultivos de arroz, maíz, plátano, cacao y café [...] Cultivábamos tomate, cebolla y yuca al lado de la casa. Pero hoy ¿dónde podríamos plantar?” Antes de que los ricos entraran por la fuerza, los campesinos tenían fincas grandes, eran cacaotales. Ahora se ha acabado todo eso. La leche era muy abundante, la carne igualmente no era para comer carne compuesta ni nada, sino un pedazo de carne asada, sancochada. Los plátanos muy jechos, bastantes, lo que uno quisiera; las frutas, lo que uno quisiera y muy diversas. La vida era bastante fácil. Llegaba usted a cualquier parte y le daban de comer y le daban hospedaje, comida [...] Únicamente comprábamos aquí la sal, y de vez en cuando la ropa, abrigo para cubrirse uno; de ahí para allá no era más nada porque todo lo producía el campesino. Comida no se compraba. Jabón lo hacían de cebo y ceniza, las velas las hacían en la casa (p. 119).

Con la pérdida de la tierra, la estructura social y económica del Puerto Tejada y el norte del Cauca se transformó de manera radical porque:

[...] la agricultura se comercializó. En lugar de una economía de subsistencia que compartía la tierra y el trabajo, se estaba estableciendo lentamente una economía de cultivos comercializados, con compra y venta monetarias en lugar de trueque. Hasta los campesinos se convirtieron en capitalistas pobres [...] fueron forzados a hacerse negociantes pobres cultivando solamente para el mercado y la compra venta. Esto significó que los campesinos empezaron a gastar más y más tiempo y tierra en cultivos que no consumían y que trataban de vender. También se debió a presiones de los intermediarios recién llegados, que inundaron a Puerto Tejada en la década de 1920 [...] Estos intermediarios eran blancos, en su mayor parte antioqueños y conservadores [...] Establecieron graneros, forzando a los campesinos a

venderles cacao y más tarde café. Y en cambio ellos vendían, cada vez más, artículos manufacturados, tales como confecciones, ropa e incluso alimentos. Es así como los campesinos cayeron en la trampa de cultivar, cada vez más productos para vender; y cultivaban, cada vez menos productos para comer, por lo que estaban obligados a comprar su comida. Y así llegaron a la terrible situación de vender la mayor parte de lo que cultivaban y de comprar la mayor parte de lo que consumían (p. 126).

Por todas las anteriores razones, Puerto Tejada dejó de ser una economía productora para convertirse en una economía consumidora y redistribuidora de bienes salario. Una economía que configuró un esquema de intercambio desigual en detrimento de una economía local y a favor de la de aquellas regiones de donde se importan los bienes que hoy se consumen en Puerto Tejada.

La obra de Taussig y Rubbo fue una invitación iluminadora y provocadora que nos obligó a hacernos preguntas que el tiempo, los libros de historia oficial estudiados en los colegios, pero, sobre todo los poderosos, nos habían ocultado:

- ¿Cuánta gente más pobre?
- ¿Cuántos jóvenes más delinquiendo y hogares descompuestos por culpa de una economía extractiva que contribuyó a acabar con los cultivos de pan coger?
- ¿Por qué cada vez hay menos campesinos y más desempleados en el mundo rural del norte del Cauca?
- ¿Cuáles son las causas de la descomposición de nuestros campesinos y sus hogares?
- ¿Cuánto más alcohol en los hogares en procura de construir paraísos irreales?
- ¿Hasta cuándo debemos continuar enterrando a nuestros jóvenes asesinados en una tragedia social sin fin y que genera un costo social gigantesco que difícilmente recuperaremos?
- ¿Cuántas personas más debemos decir que existen pero que no viven, puesto que están en una azarosa lucha diaria por una migaja para su sustento diario.
- ¿Cuánta ganancia más hay que acumular para que la sed de lucro empresarial sea saciada?

- ¿Cuántos ríos Paila, Palo, Guengüé, más hay que envenenar y destruir por la idea de un progreso anti-ecológico?
 - ¿Cuántos bosques más hay que talar y quemar y, en consecuencia, cuántos cañaduzales más se deben plantar para el supuesto desarrollo de la región?
 - ¿Cuántas empresas más debemos tener absorbiendo el excedente social producido en la región e invirtiéndolo lejos de aquí, a la manera de una economía completamente extrovertida?
 - ¿Cuántos más programas de ayuda y de apoyo fracasados, en aras sólo de una labor de maquillaje, pretendiendo mejorar la imagen social del empresariado, y sólo preservando una calma social que garantice sus utilidades?
 - ¿Cuántas más organizaciones sociales actuando en apariencia a favor de los excluidos, pero convirtiéndose sólo en una forma de propiciar el lucro de sus dirigentes?
 - En fin, ¿cuánto más de todo esto debemos tener, para decir que ya es suficiente?
- Por todas estas enseñanzas y por toda esta ceguera develada, Miguel Taussig y Anna Rubbo (Mateo Mina) han tenido, tienen y tendrán un lugar permanente en nuestra casa, en nuestro corazón y en nuestro pensamiento.
-